



EL TAJO DE RONDA.

### Granada Cristiana.

Granada cristiana se oscurece ante Granada árabe. Los conquistadores al poner frente á frente los frutos de dos civilizaciones encontradas, á el oponer á alcázares de filigrana magestuosos palacios de la mas elegante arquitectura griega, á mezquitas de caprichosa y delicada labor, suntuosas y espaciosas basílicas, á voluptuosas casas de baños, severos monasterios, creyeron que así como habian vencido aquella nacion en el terreno de las armas, habianla tambien dejado atrás en el mas difícil campo de la cultura y de la inteligencia. Alagüeña creencia que diríase no haber confirmado la posteridad al ver que solo es objeto de curiosidad y estudio Granada árabe: los extranjeros vienen á visitar á Granada árabe, los poetas cantan á Granada árabe y el buril reproduce cada día y estiendo por toda Europa las tan admiradas ruinas de Granada árabe. Que el interés y la admiracion por las generaciones y por las cosas que han pasado para no volver, se acrecienta en nosotros á medida que de ellas nos alejamos. Género de entusiasmo que hizo que sentado Gibbon sobre los montones de ruinas que señalan en la ciudad eterna el paso del pueblo rey, despreciase la magestad de la Roma pontificia, y echara de menos el estruendo y fastuosa corrupcion de la Roma de los Césares. Género de entusiasmo que desviando á Chateaubriand de la Granada de los reyes católicos y de Carlos V, le llevó á estasiarse ante la Granada de Boabdil y de Aixa: é hizo que el que no encontró una flor que arrojar sobre la tumba de la grande Isabel, cantara inspirado por los vestigios de una grandeza pasada la estincion de una infortunada ra-

za de guerreros infieles. Empero nosotros respetando los monumentos que atestiguan en nuestro suelo el poder y la magnificencia de un pueblo noble y belicoso, separaremos ahora la vista de ellos para fijarla esclusivamente en los que de no menos valor nos legaron en aquellos mismos lugares nuestros mayores como un recuerdo de su ilustracion y de su gloria: que las generaciones como los individuos ansian perpetuarse y vivir en la memoria de las que les suceden.

Dueños de aquella ciudad y reino los reyes católicos dirigieron ante todo sus miras á borrar en el pueblo venido el sentimiento de nacionalidad, primer elemento de rebelion que procuran extinguir los conquistadores en los pueblos subyugados. Por esto al mismo tiempo que hacian variar el aspecto de la poblacion mandando reformar el esterior de los edificios, y previniendo que en lo sucesivo se guardase para la construccion y ornato de estos la usanza de Castilla, se atraian con honras á los valientes, con mercedes á los nobles y con dádivas mas que con silogismos escolásticos convertian á los mas influyentes Alfaqües. Favorecia á nuestro gobierno para el cambio á que impelia á sus nuevos vasallos, el haber ido á establecerse entre ellos multitud de familias de distintas provincias, llevadas por las franquicias de que gozaban los nuevos pobladores ó cristianos viejos, por la suavidad del clima y por las riquezas que suponian acumuladas en una capital en que habian venido á refundirse el esplendor y la opulencia de otras varias. Así insensiblemente se transformaba Granada árabe elevándose en su seno mismo otra Granada cristiana. Ensancharábase su recinto y derramándose en hermosas calles por la llanura salvaba el valladar de sus antiguas murallas. Distinguidos artistas concurrían á enriquecer con las pro-

ducciones de su talento los nuevos templos, cuyas árosas cúpulas y duplicadas torres erguían sobre los minaretes que ostentaban la media luna, el signo de la verdadera civilización, para anunciar al viajero que se acercaba á Granada cristiana.

Aun no había promediado el siglo XVI y ya encerraba aquella ciudad monumentos de todos géneros capaces de dárla renombre. La viuda del gran capitán había concluído á su costa el monasterio de San Gerónimo para encomendarle la guarda de las cenizas de su esposo. Esta obra, una de las primeras en que mostró Silos la elevación y valentía de su genio, hubiera bastado á darle fama duradera si no se la hubiesen asegurado otras más vastas, si bien no más grandiosas ni perfectas. Fué fatal cuando la invasión francesa á este digno sepulcro del vencedor del Garelano, el *Gallarum terrori* que se lee en la inscripción grabada en el muro exterior de la capilla mayor. Los que creyeron sepultar en el olvido su derrota destruyeron el monumento de Rosbach, quisieron que desapareciera este otro que les recordaba desastres no menos vergonzosos: cual si con derribar los trofeos que los pueblos levantan en la embriaguez de la victoria ó que dedican como una recompensa á su jefe vencedor se consiguiera arrancar una sola página á la historia! Arrebataron la espada del célebre guerrero que se conservaba como preciosa reliquia suspendida á un lado del altar mayor, como si temiesen que su fanático brazo se estendiera hácia ella para arrojar á los que osaban profanar aquel recinto. —Destruída la elegante torre hubiera desaparecido también el edificio si se hubiese prolongado la permanencia de los invasores.

El austero cardenal Torquemada que miraba su órden como la vanguardia necesaria del cristianismo, quiso desde luego establecerla en Granada. Diósele por los reyes católicos por este objeto un delicioso retiro que poseían los reyes moros sobre una de las colinas en que se halla recluida la ciudad. En breve se levantó allí un magnífico convento que se denominó de Santa Cruz, agradablemente situado y con estensos jardines, en los cuales se alza todavía como para recordar su anterior destino un pabellón de arabescos. Es notable en su iglesia, en la cual todavía se hizo ostentación del espirante goticismo, el camarín de la virgen del Rosario, abarcaron artísticamente en el exterior y rico tesoro de esquisitos mármoles y preciosos mosaicos en el interior. En los salones del convento están colocadas las pinturas que adornaron las casas é iglesias de las suprimidas órdenes religiosas. A pesar de los buenos cuadros que se han estroviado antes y después de reunirlos en aquel local, puede considerarse esta galería como el segundo museo provincial de España.

Merece visitarse entre las antigüedades de Granada cristiana el convento de san Francisco en la Alhambra. El fué mientras se labró la capilla real el depositario de los restos de Fernando é Isabel; su pavimento cubre las cenizas del conde de Tendilla, y bajo sus bóvedas se celebraron por primera vez las exequias del gran Capitán formando pabellones en el catafalco mas de quinientas banderas enemigas.

Indigno sepulcro de sus abuelos juzgó el emperador Carlos V la Capilla Real. Probablemente sus contemporáneos dividieron esta misma opinión cuando dejaron en la oscuridad el nombre del arquitecto que la trazó y dirigió. El César buscaba en vez de un rico mausoleo un templo tan vasto, tan inmensurable como la gloria de aquellos á cuya memoria se dedicaba. Fama europea gozan las dos tómulos de purísimo alabastro que se elevan en el crucero de la iglesia tras de una gran herja de hierro de cara labor, comparables á cuanto de mas delicado y bello nos dejó en escultura la antigüedad. Sobre el uno descansan las estatuas de los dos católicos monarcas, sobre el otro las de su hija doña Juana y su yerno don Felipe. El artista comprendió perfectamente á Fernando é Isabel, ella tiene el cetro, él la espada. La inscripción, debida ciertamente á algun desgraciado poeta, es lo único que no corresponde al objeto.

El primer edificio civil en que se ensayó el género greco-romano transplantado en España por Machuca y Berruguete, fué el palacio de Carlos V, labrado por órden de aquel emperador con los tributos que pagaban los moriscos, para aposentarse cuando le placiera visitar las orillas del Daura. Demolióse para levantarlo de planta el ala meridional de la casa real ó palacio árabe, cuyos mas ennobrecidos trofeos quedarán sepultados tras los robustos muros de

la moderna fábrica. «Condición del mundo, esclama el autor de doña Isal al de Solís, levantarse los poderosos sobre las ruinas de los caídos y robarles hasta el sol y el aire.» Esta suntuosa mole, amasada con el sudor y las lágrimas de una raza infortunada parece que lleva impreso un sello de reprobación y de desgracia. Repetidas veces se ha intentado seguirla, empuñó que han frustrado obstáculos que pudieran llamarse providenciales. Ha dos siglos que permanece cual hoy la vemos, descubiertos sus arcos, sin techumbre ni resguardo sus galerías y salones, abandonada á las injurias del tiempo y de los hombres que de consuno trabajan por acelerar su ruina.

El hospital real principió en el reinado de los Reyes Católicos, y concluido ya bien entrado el de Carlos V, muestra que ni el brillo de las conquistas, ni los preparativos de grandes empresas, ni los gloriosos descubrimientos, hacían olvidar á aquellos magnánimos soberanos los padecimientos del indigente. Este hospital ó hospicio aunque deteriorado por un terrible incendio, se ve con gusto aun despues de haber visitado los célebres establecimientos de esta clase nacionales y extranjeros de construcción moderna.

A el reinado de Felipe II debe Granada cristiana la joya que mas la embellece. Vana pretension seria la nuestra, si quisiésemos describir la Catedral en un párrafo ó en un artículo; así, no tocarémos sino muy de paso sus principales bellezas. Fue maestro de esta obra el célebre arquitecto burgalés Diego de Silos, y empleó en ella el estilo greco-romano de que era muy apasionado, y al que solia mezclar adornos y follages de buen gusto, en cuya invención y distribución se le reconoce por felicísimo. En varias partes del edificio dejó pruebas de la osadía de su genio singular; levantó las bóvedas de las cinco naves á desmedida altura sin hacer perder nada al conjunto de su elegancia y magestad, y sin perjudicar á la solidez dió un atrevido corte al arco toral para que encajara el anillo del cimborrio. Las pinturas que adornan esta soberbia basílica son casi todas de escuela granadina. Descuellan muy particularmente las siete grandes lienzos de la capilla mayor, obras maestras de Alonso Cano; son también muy notables otros cuadros de Atanasio y de Juan de Sevilla, que parecen protestar contra la injusticia de que sus autores no estén representados por otras obras en los museos de la Corte. En esculptura llaman dignamente la atención, en el exterior los adornos y figuras de la puerta del Perdón por Diego de Silos, y la gran medalla de la Anunciación por José Rísueño sobre la puerta principal; en el interior un bajo relieve de Adán, que representa á San Miguel, obra de las que mas han ran al cincel español en el siglo actual; una matrona acariciando unos niños, emblema de la caridad, del Turriano; algunas estatuas de las Moras; dos virgenes pequeñas de Alonso Cano; una con el niño, en la cuna que sirve de remate al facistol, y otra de la Concepción en la sacristía, realización del bello ideal, de la modestia, del candor y de la belleza; y tres bustos también de Cano, uno de S. Pablo, bien conocido en las academias por un buen vaciado de yeso, y dos colocados en los centros de los pilares que sostienen el arco toral, á excesiva altura por cierto, que representan á Adán y Eva. «La bella y ancha frente del varón y su mirada sublime declaran su suprema autoridad; dividida la creche penden agrupándose varonilmente sus cabellos de jacinto hasta casi tocar sus fuertes hombros. La cabellera de la muger cae como un velo, suelta y desordenada, ensortijándose caprichosamente como los renuevos de la vña.... El formado para la contemplación y el valor, ella para la mollicie y la gracia amable y seductora....» He aquí descritas en el *Paraiso perdido* las dos últimas figuras que hemos designado. ¡Singular coincidencia! Dos genios contemporáneos viviendo á larga distancia uno de otro, sin haber oído pronunciar probablemente ni el artista el nombre del poeta, ni el poeta el del artista, con distintas ideas y creencias, concibieron de un mismo modo la imagen de nuestros primeros padres. Quizá al mismo tiempo que Cano diseñaba estos admirables bustos, que conservó siempre como hijos predilectos de su talento, dictaba Milton sus versos inmortales. Pudiera decirse que el mismo Genio que visitaba por las noches al cantor del Edén, batía de áia sus alas sobre el taller del escultor granadino. —Esperárian los lectores que acabásemos esta rápida ojeada sobre una de nuestras primeras catedrales, sin decir nada de las alhajas destinadas al culto divino que aún la enri-

quecieran, y que tanta fama dió con á los templos españoles. De las que poseen actualmente solo merecen citarse un precioso caliz de oro, regalo del Sr. Alcántara Navarro, Dean de esta Iglesia y último conde de Cruzada, y la custodia del Corpus, obra de mas valor material que artístico, y no comparable á las de Sevilla y Toledo.

Pertenece tambien al reinado de Felipe II la Chancillería. Este edificio aunque lleno el objeto que segun escribió Ambrosio de Morales en la inscripcion de la portada se propusieron al levantarla con tanto lujo, cual fué el que á la magnificencia del tribunal correspondiese á la importancia de los asuntos en el se trata (*Ut re-um que hic geruntur, magnitudini non omnino impar tribuatis majestas*); no por eso carece de grandes irregularidades. La escalera, construída con suma inteligencia, fué costosa, si hemos de dar crédito á una antigua anecdota, con la qual que se impuso á cierto noble presuntuoso que prevahia de sus exenciones cortesanas, refuso prestar en una de las salas de este tribunal, el debido acatamiento á los que en la tierra representan la justicia.

Las ideas teocráticas que predominaron en nuestra sociedad durante todo el siglo XVII acabaron de poblar á Granada, como á las demas ciudades del reino, de iglesias y conventos; mas alcanzando á todos el depravado gusto en que habia caído el arte arquitectónico, solamente nos ocuparán dos de los muchos monumentos religiosos que nos legó aquella edad, el Sacro-Monte y la Cartuja, que son los que hoy ofrecen algun interés.

El hallazgo de unas reliquias de antiguos mártires en un monte cercano á la ciudad, dió ocasion á el piadoso prelado que entonces ocupaba aquella silla, para fundar en el sitio en que los habian encontrado, una colegiata con suficiente número de canónigos, y un colegio para estudios superiores, cuyas cátedras estuviesen á cargo de aquellos. Este establecimiento de educacion, llamado el Sacro-Monte, ha adquirido cierta nombradía por algunos varones ilustres que han salido de sus aulas.

En la pintoresca ladera conocida con el nombre de Cármenes de Dinámar eleva sus severos muros el monasterio de Cartuja. Sobre su portada jónica de mármol centenario reluce á larga distancia la estatua de san Bruno, de mármol de Macael, copia de la célebre de Pereira que llamaba el poeta Salas el *monje petrificado* y de la cual se refiere que Felipe IV para contemplarla á su sabor, tenia prevenido al cochero que llevase al paso los caballos cuando pasase por la hospedería del Pualar (calle de Alcalá) sobre cuya puerta se hallaba colocada. Admiranse en la iglesia y sacristía los zócalos y pavimentos de ricos mármoles, los techos primorosamente estucados, las puertas y cajoneras fabricadas de concha, ébano, nacar y plata, y demas lujosos adornos que en esta como en las demas casas de la órden, daban claro testimonio de su opulencia. Consérvanse allí todavia algunos buenos cuadros y estatuas y alguno que otro mediano fresco. Entre estos notaremos uno de Palomino, en que el buen Vasari Español dejó una prueba mas de que para ser pintor sobresaliente, se necesita otra cosa que no dan los aridos preceptos. En este monasterio residió y murió el lego cartujo Sanchez Cotan, que dominó cuanto es posible la perspectiva: habiéndole de que hace frecuentemente alarde en los escorzos y edificios. Dos muestras notabilísimas de su saber en este ramo, dejó en aquella Cartuja; un retablo pintado con blanco y negro que hace toda la ilusion del relieve, y una cruz con clavos salientes, donde dicen que los pájaros engañados van á pararse, como en otro tiempo iban á picar las uvas de Parrasio. Sus mejores obras se deben buscar en la serie de cuadros que pintó de la vida del fundador é Historia de su religion, en los cuales manifestó dotes que le colocan á la altura de los dos grandes artistas historiadores de la órden de san Bruno, Lo-Sueuy y Carducho.—Y ya que hemos nombrado á Carducho, referiremos una anecdota de la vida de Cotan que le concierne. Cuantan los biografos de este, que enamorado aquel de la maestria y buena manera de pintar que distinguian las obras del lego cartujo, hizo un viaje á Granada solo por conocerle. Llegado al monasterio, salió á recibirle la comunidad entera, y al punto que entre las damas munges divisó á Cotan, le conoció sin tener antecedente alguno sobre su persona: lo cual explica Juan Bermudez, por la relacion que observó Carducho entre el semblante y complexura del modesto Lego, con el tono y estilo de sus pinturas. A haber tenido noticia de este suceso el Doctor Gall-

se hubiera apoderado de él, como de un comprobante de su doctrina sobre la deducción de las inclinaciones del individuo por los rasgos de la fisonomía.—Tal vez creará el lector que en este vasto y sólido edificio, á las puertas mismas de Granada, gozando de una posicion inmejorable y con abundantes raudales de agua, habrán reemplazado al monótono silencio de sus claustros y celdas, no turbado largos años sino por el rumor del lento y mesurado paso del religioso ó por el roce del cenobítico sayal, el ruido y animacion de una fábrica ó de numerosos talleres. Si tal ha creído, sentimos desengañarle. Excepto la iglesia que es hoy parroquia rural, y una pequeña parte del monasterio llamada el claustro, ha sido lo demas derruido para aprovechar las materiales. El vikingo puede pasear sus ruinas contemplando los fragmentos de columnas y cornisas, trozos de mármol labrado y pedazos de pared con frescos, sin que le distraiga de sus meditaciones, mas que el ruido de los reptiles que se deslizan por entre las verbas y escombros.

Como es sabido, el siglo XVII fué en España el siglo de los pintores como el anterior habia sido el de los arquitectos, que hasta en esto pareció la naturaleza guardar cierta consecuencia enviando los que adornan despues de los que edifican. Granada como otras grandes ciudades, tuvo tambien su escuela particular de pintura, aunque con notoria injusticia se la haya confundido con la Sevillana. Créase el Lijo de un ensamblador de retablos, Alonso Cano, que en Sevilla saltaba las tapias de los jardines de los grandes para estudiar las estatuas antiguas que los adornaban, que probaba á sus ríbeles en sus quisquilas de artistas que con tanta destreza como el pincel sabia manejar una oja toledana, que acusado de un terrible delito, salió inconfeso de la carcel y del potro, que rompía los cuadros ó estatuas que querian pasarse con vilipendio del arte, que fué amigo de Velazquez y rejotido de Olivares y que murió abrazado á una tosca cruz, habiendo rechazado el crucifijo que le presentaban por estar mal ejecutado. Caracterizan á Alonso Cano el toque decidido y vigoroso, y ese sabor del antiguo que sabia imprimir á sus figuras, sin copiarle servilmente como Mengs y otros pintores modernos, sino tomando lo grandioso de las formas y la morbidez de los contornos, sin esa nimia sujecion que corta los vuelos al genio y quita la originalidad. Así el Padre Eterno de Cano no es un Júpiter, ni sus Dolorosas recuerdan las hijas de Niobe. Cano hizo con los modelos griegos lo que Fray Luis de León con la oda Horaciana, prestarles nuevo realce con el bautismo cristiano.—A su muerte dió el pintor granadino aventajados discípulos en aquella ciudad, de los cuales mencionaremos á Gerónimo de Cieza y á Atanasio Bocanegra, arrebatado este último á las artes en la flor de su talento por su desmedida presuncion. Disínguese la escuela granadina por su colorido fresco y natural, no tan pastoso como el de la sevillana, ni tan ideal como el que tanto agrada en la Veneciana, pero aproximándose á ambas, señaladamente á la última; por la verdad en el legado de los paños, indicando acertadamente cuando es necesario las formas del desnudo; y por su dibujo correcto sin tocar en dureza ó sequedad, excepto en Atanasio que descuidó mucho esta parte, y que se hace notar ademas por la estravagancia de sus composiciones. Concluyó esta escuela al cerrarse el siglo XVII en Juan de Sevilla, el cual habiéndose casado con una muger hermosa no quiso tener discípulos.

El corrompido gusto por tanto tiempo reinante se despidió en Granada con la columna del Tránsito y el hospital de san Juan de Dios. Fundado este por el mismo santo en el siglo XVI se acrecentaron tanto sus rentas con las donaciones y limosnas, que en el último siglo se emprendió su reedificacion con todo el lujo y ostentacion imaginables. El edificio no es suntuoso ni magnífico, prepue ni lo uno ni lo otro se aviene con el género de arquitectura que en él se empleó y que entonces se usaba, pero da una idea de lo que hacia la caridad antes que la destruyese la filantropía. En la iglesia, detras del altar mayor, hay un camarín donde acumulaban los mejores mármoles que encontraron, y los follages mas estravagantes é intrincados que pudieron inventar; en medio de él yacía en una urna de plata los restos de san Juan de Dios, de aquel Juan de Dios de quien dice el padre Sigüenza que andaba con un capacho ó espuerta áuestas pidiendo limosna para el hospital y allegaba mucho, y que se allegaba otros á servir á los pobres de la misma manera, ayudando con sus espertas al hombro, gente ordinaria y mucha della menso que ordinaria. (Historia de

la órden de san Gerónimo, parte, III, lib. I, cap. X.) Cual si la gente ordinaria que con sublime abnegacion se consagraba al servicio de los enfermos desvalidos, valiera menos que los que segregados de la sociedad pasaban la vida hojando el breviario y entonando maquinalmente los salmos. ¿Qué ageno estaria el P. Sigüenza de que aquel instituto respetable cuyo origen nos pinta con tanto desprecio, habia de sobrenadar en el naufragio casi general de los demas institutos religiosos! La mal encubierta animosidad del sábio Geronimiano hácia los hermanos hospitalarios provenia, segun se trasluce en un pasage de su obra, de que siendo el monasterio de su órden patrono y administrador de las rentas del hospital, moviéronle sobre esto pleito los hospitalarios, ganáronlo y como era consiguiente quitáronle el patronato y la administracion; pero el elocente prior del Escorial al vestir el hábito de religioso no se habia desnudado de las pasiones de hombre.

Inauguraron las artes granáquinas su historia en el siglo presente no edificando palacios como en el XVI, ni conventos como en el XVII, sino construyendo un teatro de buena planta y bastante capaz, y un bonito puente sobre el Genil, al extremo del paseo. En nuestros dias han levantado los señores Romeas en la plaza del Campillo una modesta columna á la memoria de Isidoro Maiquez, poco despues que se levantó en esta córte la estatua á Cervantes. Unicos gemos de los muchos que en nuestra nacion han muerto oscurecidos, y pobres á quienes se ha intentado con esta especie de apoteosis, vengar de la ingratitud con que los trataron sus coetaneos. Tambien debemos hacer mencion del pedestal dedicado á doña Mariana Pineda en la plaza de Bailen, y decimos *el pedestal* porque aunque recién conquistadas las nuevas instituciones, se votó por la ciudad la erección de una estatua á dicha señora, se colocó el pedestal con las inscripciones dedicatorias (dignas de que llamemos sobre ellas la atencion en cuanto á la mano de obra), pero despues ó se entibió el entusiasmo, ó escasearon los

fondos ó los destinaron á otro objeto, lo cierto es que aquel quedó colocado en dicha plaza sin que hayan vuelto á ucdarse de la estatua.

Al incendio que en julio del 43 redujo á cenizas la Alcaicería y arruinó infinitas familias, debe Granada el tener un lindísimo pasage. En el solar de aquel célebre mercado de sedas se ha construido un bazar árabe en que se han imitado las labores y alicatados de la Alhambra con bastante buen éxito. Pero Granada antes de tener pasage debió haber pensado en tener comercio.

Hemos hecho deslilar ante los ojos del lector los mas señalados monumentos con que embelleció á Granada la civilizacion cristiana. No hemos entrado en descripciones minuciosas porque estamos convencidos de que con estas se consigue llenar muchas páguas, pero no dar una idea exacta de ellos al lector que no los haya visto; y cabalmente Granada es la ciudad que menos se puede conocer por descripciones. Es menester para apreciar sus bellezas haber aspirado su embalsamado ambiente; haber vivido bajo su cielo siempre azul; haber tendido la vista por su dilatada vega, que un poeta árabe ha comparado á una copa de esmeralda, incrustada de brillantes por las alquerías y aldeas de que está sembrada; haberla contemplado reclinada en la alfombra de sus vergeles, irguiéndose magestuosamente sobre ella la nevada sierra, que segun la espresion de un autor extranjero, parece coronarla con una diadema de plata; haber, en fin, recorrido las márgenes de los dos ríos que se abrazan al besar sus muros: de ese Daura que cubriendo con flores y frutos los criaderos del oro que arrastra en sus arenas, va á encontrar á el Genil, para correr unidos á depositarlo en el ancho seno del caudaloso Guadalquivir, como para enseñarnos que es inútil ese tan codiciado metal en una region en que la providencia ha derramado con tanta profusion sus tesoros.

JOSÉ GODOY ALCÁNTARA.



### TORDESILLAS.

Hace ya cerca de cinco años, esto es en 1844, que hallándonos en un pueblo de Castilla la Vieja, célebre por su excelente vino, tuvimos noticia de una funcion que todos los años se celebra en Tordesillas, y cuya fama es proverbial en los pueblos de la comarca. Dispuestos con tan buenos antecedentes á ser partícipes de ella, nos pusimos en camino al amanecer del 15 de setiembre, dia destinado para la funcion. Componíase nuestra caravana de una lugareña de catorce á quince años, tan fresca y tan saluda-

ble como una manzana, y vestida con una sencillez que la sentaba admirablemente. A escepcion de una tia suya que la acompañaba, todos los demas viajeros pertenecíamos al sexo *fuerte*, ó como dicen nuestros modernos escritores, al sexo *feo*.

Sintiendo en nuestras almas el benéfico influjo de una de esas hermosas mañanas del otoño, caminábamos por las dilatadas llanuras de Castilla entonando canciones populares, en las que nuestra joven compañera lucía su voz pura y argentina. Ya habíamos dejado á nuestra espalda el pequeño monte de la Nava del Rey, tan abundante de conejos como escaso de enchinas, y no tardamos mucho en divi-

sal a los primeros rayos del sol a Tordesillas, con su viejo palacio, donde vivió encerrada por espacio de cuarenta y seis años una de las reinas más desgraciadas de Castilla, en esta infeliz doña Juana, llamada comunmente la loca. En esta población fué también donde uno de los adalides más ardientes y decididos de la libertad española, sentó por algún tiempo sus reales, dispuesto a derramar su generosa sangre para arrancar a su querida patria del hombrudo yugo de los flamencos. Para castigo y vergüenza de nuestra nación, no quiso Dios en sus altos é incomprensibles juicios proteger la causa de los buenos, y el grito de agonía lanzado en los campos de Villalar por la sensible muerte de Padilla, Bravo y Maldonado, fué también el último de la libertad española. Estos filosóficos pensamientos excitados por la presencia de aquellos sitios, cesaron bien pronto ante la algarazara de mis compañeros, cuyo buen humor se iba aumentando, á proporción que nos acercábamos al sitio de la fiesta.

El que quiera convencerse de que la afición de nuestros compatriotas los españoles hacia las corridas de toros y de novillos raya en locura, no tiene más que acudir á Tordesillas, y no podrá menos, al ver plagados todos los caminos que conducen á la población, por gentes que marchan reunidas en alegres grupos, de escoltar con aquel poeta.

¿Qué novedad es esta? ¿qué sucede?  
¿Dónde van esos grupos numerosos,  
el desierto cruzando presurosos,  
apenas el sol nuevo despuntó?  
¿Qué quieren estas gentes que abandonan  
sus humildes cabañas, sus aldeas,  
y olvidando sus rústicas tareas,  
parece que un instinto las guió?

Ven en efecto, todos van guiados por un mismo instinto; á todos anima un mismo deseo. Las calles de Tordesillas estrechas y mal empedradas, se encuentran obstruidas por gentes que vienen en todas direcciones. El artesano y el propietario, el hombre culto de la ciudad y el rústico de la aldea se ven allí confundidos, olvidando las distintas clases á que pertenecen, porque en semejantes fiestas es ya sabido que domina siempre el instinto popular.

El frac y el levita son reemplazados por la graciosa chaqueta, y la larga vara ocupa el lugar del bastón.

El primer día, como en casi todas las fiestas populares, está destinado á los ritos religiosos de costumbre, que se celebran en una ermita cercana á la población.

Numerosos puestos de zandías, panderos, rosquillas y bollos, ocupan el camino, y concluida la ceremonia religiosa, empieza á danzar en un extenso círculo aquella risueña juventud, al compás de la alegre gaita y el ruidoso tamboril.

Por la noche se encamina la bulliciosa muchedumbre á ver la vaca encohetada que precede siempre á las funciones de novillos de los dos días siguientes, y que es como la inauguración de la fiesta. Los balcones se iluminan, y con una prontitud admirable se llenan los tendidos de gente, que por esta vez sube á ellos sin retribución pecuniaria por una costumbre inveterada.

Gran número de aficionados ocupan la plaza, en la cual, con el fin de aumentar la luz, arden puestos sobre maderos dos grandes tiestos con teas.

Cuando el concurso empieza á manifestar su impaciencia, sueltan la vaca, la cual lleva puesta sobre el lomo una manta impregnada de un combustible que se inflama con facilidad, y sembrada de cohetes bien sujetos, y que á su tiempo se incendian.

Apenas el animal siente el calor de la manta que arde, empieza á dar brinco lanzando quejidos de dolor.

El fuego graneado de los cohetes la irrita más y más, y de este modo recorre la plaza como una furia, en medio de los silbidos, los gritos y las risotadas del pueblo.

Cinco ó seis novillos lidiados por una mediana cuadrilla de toreros, es todo lo que se presenta al espectador en el primer día por la mañana. Lo mismo con corta diferencia sería la función de la tarde, si el humor inagotable y feliz de los Tordesillanos no la presentase llena de lances á cual más variados.

Una compañía formada de jóvenes del pueblo, acostumbra á lidiar cuatro toritos de dos años, dando de este modo á la fiesta ese viso de originalidad que la hace tan celebrada.

Dos horas antes de que esta empiece, se llenan los ten-

idos de gente que acude á ellos deseosa de coger buen sitio. Todos los balcones, todas las ventanas y hasta los tejados, se cubren de espectadores: en todos los semblantes se trasluce la impaciencia y el deseo.

Por fin llega el momento con tanta ansiedad esperado, y abriéndose una puerta situada frente á la casa de Ayuntamiento, da paso á una carroza cubierta de verde follaje, y tirada por cuatro hecitas y fogosas jacas. En ella vienen cuatro jóvenes como de unos calorces años en traje de señoritas, acompañados de cuatro galanes vestidos de majos. Después de saludar al Ayuntamiento, van á colocarse en un estrado construido de antemano en uno de los lados de la plaza, y adornado con ramas verdes. Cada señorita ocupa un ángulo del estrado, teniendo á su derecha al galán, cuyo solo objeto es defenderla del toro.

La fregona, uno de los actores más principales, y que está también al servicio de las damas, es un hombre vestido de mujer, cuya facha ingrata y modales varoniles excitan la risa general. Este personaje entra en la plaza armado de una escoba, y un descomunal abanico, del cual se sirve para sortear al toro.

Los dos botargas con su traje grotesco, le siguen dando brinco, en muestra de su mucha agilidad y destreza.

El héroe del Inmortal Cervantes, D. Quijote de la Mancha, montado sobre Rocinante, con su visera calada y seguido de Sancho su escudero, que desmintiendo á la historia viene caballero en una burra, y armado de una pica, se dejan ver en medio de los más estrepitosos aplausos. Les preceden dos jóvenes en traje de toreros, destinados á prestarles auxilio.

Un sultán, acompañado de sus guardias que vienen armados de largas picas, cierra la marcha.

Toda esta numerosa y extraña comitiva, va pasando por bajo de los balcones del Ayuntamiento, dirigiéndose en seguida á los puestos que deben ocupar.

El sultán que figura venir á presidir la fiesta, se coloca en un ancho sillón, dispuesto á conservar su imperturbable serenidad, para lo cual cuenta siempre con el apoyo de sus guardias.

Colocados ya todos en sus respectivos sitios entra montado en una arrogante y afrosa yegua negra, un gallardo joven vestido con la mayor elegancia, y dando muestras de habilidad y destreza en la equitación. Después de recorrer la plaza, se para debajo de los balcones del Ayuntamiento, y recibiendo en su gracioso sombrero la llave que le arrojan, se retira en medio de los aplausos universales.

El sonido de una trompeta anuncia que va á darse principio á la corrida; reina un silencio general, y á pocos segundos, sale, con la velocidad del relámpago el primer torito.

Es imposible poder dar una idea exacta de lo que pasa en aquel instante. Los botargas, siempre ágiles, siempre intrépidos, le llaman y le hacen pasar por debajo del estrado, sin que por esto abandonen su sitio los jóvenes transformados en señoritas, los cuales, indiferentes á todo lo que les rodea, se entretienen en tomar el refresco que les sirve la fregona.

Don Quijote, mantiene en esta jornada el honor de un caballero andante, y á fe que no le faltan aventuras. Su escudero Sancho, en vez de mostrarse tímido, raya en temerario, alentado sin duda por su traje preservativo. Consiste este en un ancho saco atestado de heno, de modo que el grosor de su cuerpo equivale al de tres hombres regulares: de esta manera, preséntase al peligro sin temor.

El sultán, lleno de prosopopeya y serenidad, jamás se inquieta cuando el toro se acerca á él, llevado allí por los incansables botargas que se guardan bajo las picas de los guardias.

Sera prolijo enumerar las muchas proezas de que todos hacen allí alarde, dando pruebas de valor y de ese carácter travieso que tanto los distingue.

La segunda corrida, es exactamente una repetición de la primera, diferenciándose tan solamente, en que este día hay toro de vega, y una concurrencia más numerosa atraída por el mercado que se celebra los martes de todas las semanas.

A las ocho de la mañana, el sonido de una campana anuncia que va á salir al toro. El concurso se dirige esta vez á un sitio elevado que hay á la salida del pueblo llamado el mirador, y desde el que se domina una dilatada y arenosa vega, que se extiende al opuesto lado de las ori-

llas del Duero. A la salida del puente, un gran grupo de ginetes espera con largas picas la venida del toro, el cual despues de haber sufrido algunos pares de banderillas, se lanza precipitadamente por las pendientes calles que guion á la vega.

En aquel momento empiezan á repartirse caballos por todas partes, y los mas intrépidos se adelantan á lancear al toro, que acosado en todas direcciones, pretende luir en vano.

En este ejercicio pueden tomar parte, todos los que dispuestos á arrostrar el peligro tengan confianza en sus caballos, pues siendo el terreno muy arenoso, necesitan estos tener bríos.

Esta escena vista desde el mirador, agrada sobremedida por el cuadro de animacion que presenta. La velocidad de los caballos que se cruzan en encontradas direcciones con el fin de hostilizar al animal, presenta todo el aspecto de una lucha palpitante y animada.

No tenemos noticias de que, á escepcion de Tordesillas, exista pueblo alguno en España, en donde se lanceen toros por aficionados, en campo abierto, siguiendo en esto las costumbres que nos han transmitido los moriscos de Granada.

Figúrense nuestros lectores una esplanada cubierta de blanca y menuda arena, en la que un negro y corpulento toro se revuelve contra un gran número de caballos, que conducidos por sus ginetes le acosan como una bandada de moscardones. Figúrense, en la ladera opuesta del río, sobre la alta Peña en que se asienta la poblacion, un gran mirador ó plazuela con un antepecho de piedra levantado en el borde del precipicio, y allí innumerables gentes arremolinadas unas sobre otras, agitando infinitad de pañuelos de todas clases, y formando con sus rápidas ondulaciones un oleaje de indefinibles formas y colores, y en medio de los unos y de los otros tendido como una ancha cinta de plata el tranquilo y espacioso Duero, doblemente magestuoso por la agitacion que reina en sus dos orillas, y podrán formarse una idea de tan pintoresco espectáculo.

Nada mas animado, nada mas feliz que este pueblo en los dias de su funcion anual.

El que haya tenido el placer de presenciaria, no podrá menos de llevar gratos recuerdos de este antiguo pueblo de Castilla, á quien la naturaleza favorece presentándole á nuestra vista rodeado de prestigio y de poesia.

Situado, como antes hemos dicho, en el declive de una elevada cuesta, tiene á sus pies el ancho y hermoso Duero á cuyo son pacífico y armonioso se adormece.

A su derecha, en medio de una deliciosa campiña, y á orillas del río, se ostenta cargada de transparente fruto la rica viña, mientras que á su izquierda, llena de álamos que proyectan su gigantesca sombra en las aguas, está la ribera Mohedra convidando á respirar un ambiente puro y fresco.

La vista y la contemplacion de estos sitios, imprimen en el alma del viajero que les recorre, ese caracter de felicidad y de alegría de que participan sus habitantes.

Así es, que al separarse de ellos, al darles el último adiós, siente uno renacer en su espíritu un vago deseo de tristeza, y no puede menos de envidiar á los moradores de aquellos sitios destinados á la felicidad.

JUAN DE LA ROSA.

## LA QUERIDA DEL SOLDADO.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

III.

El anciano, la estralera y el bagagero.

Mientras en Estella se hacian mil comentarios á cual mas gloriosos de aquel suceso, y no faltaba quien digese blasfemias de los vivos y de la difunta, dos hombres vestidos como los labradores del país llegaron á la choza del pastor que habia dado á Mateo la noticia mas oculta del paradero de Lucía, y enterados por él del camino que habrian de seguir, emprendieron su marcha animándose mutuamente.

En el primer pueblo que encontraron se detuvieron para descansar en la única posada. El mas anciano de ellos, que parecia abrumado por un gran dolor, hizo á la posadera varias preguntas que no pudieron menos de alarmarla. Pero reponiéndose un instante, como mujer que sabe su obligacion, y que trata de agradar á sus huéspedes, le contestó:

—Desde hace una semana no han pasado por aquí mas que el soldado y el granuja de que os habla. Decian que, por haberse quedado rezagados en un pueblo, iban solos á incorporarse con su regimiento que persigue á la faccion en la actualidad.

—¿Y os digeron si les faltaban muchos dias para alcanzarlo?

—No, aunque si les oí hablar de que terminaria pronto su viaje.

—¿No sabeis cómo se llama ese regimiento?

—No.

—¿En qué caminaban?

—Llegaron en un buen caballo; pero aquí sacaron bagaje.

Estas palabras fueron un rayo de luz para el viajero, que en seguida corrió á casa del alcalde.

Despues de los preámbulos de costumbre entraron en lleno en el objeto de aquella visita.

—Con qué según me manifestais—dijo el alcalde á su interlocutor,—¿descais saber el nombre del soldado que pasó esta mañana por aquí?

—Si no os sirve de molestia,—murmuró el desconocido impaciente.

El alcalde cogió un rollo de papeles, que pasó y repasó embarazado de una mano en otra.

El viajero quiso sacarle de aquel puro, y conociendo que no sabia leer los tomó en las suyas, y los fué examinando uno por uno.

—Aquí está—esclamó por fin, deteniéndose ante un trocito de papel que parecia cortado por una mano ni muy firme, ni muy limpio; pero sobrado económica.—«Un bagage mayor para un soldado que vá á reunirse con su regimiento á marchas forzadas.»—¡Voto al diablo!

—¿Qué? ¿qué es eso?

—No sacamos nada en limpio.

—Pues he ahí únicamente lo que obra en mi poder.

—¿Y no traía pasaporte ese soldado?

—Sí, sí, me lo dijo el sacristan, que es el que entiende en eso.

—¿Y dónde se lo habrian espedido?

—En Estella.... sí.... no me equivoqué.... me lo dijo á estender la papeleta del bagage.

—¿Podreis decirme como se llama el labrador que lo ha facilitado?

—Mi mujer lo sabrá, que es la que entiende en eso con el sacristan. Yo, por mis ocupaciones....

Un momento despues declaraba la alcaldesa con tono magistral que el bagagero en cuestion se llamaba Telesforo Ruiz, y dió sus señas particulares, á ruego del desconocido, en forma de pasaporte, á saber:—estatura, cinco pies y cuatro pulgadas; pelo, rojo; barba, idem; nariz, aguileña; ojos, verde-mar.—Manifestó además que tenia una cicatriz en la frente, y su jaco una cola que le arrastraba.

Aunque no eran estas averiguaciones suficientes para Jaime, se dió por satisfecho, y volvió á la posada donde le esperaba con la mayor ansiedad Mateo.

Sus caballos estaban tan fatigados, que, á pesar de los esfuerzos imaginables no lograron hacerlos salir del paso, luego que volvieron á emprender su viaje. Al ponerse el sol abandonaron el pueblo, y á media noche no habian andado desleguas todavía. El terreno además era montuoso y casi intransitable. Caminaban entre montañas y precipicios, y oían á lo lejos la caída ruidosa de los torrentes, y el canto de los buhos que abandonaban sus nidos en las peñas al sentirlos aproximarse. Aun cuando la luna alumbraba con luz clarísima, porque era á la sazón otoño, lo desconocido del terreno, y el temor de estraviarse y dar en algun barranco donde inutilizarán sus cabalgaduras para el día siguiente, los obligó á esperar la mañana.

En toda la noche pudieron dormir los dos caminantes. Mateo, más que nunca enamorado de Lucía; y de corazon tierno y compasivo, temia los arrebatos del impetuoso carácter del anciano. Habia convenido en acompañarle á unes-

ménte por velar sobre la vida de su adorada y sobre la de su padre; pero la perseguía sin rencor, aunque con el corazón destrozado por aquel terrible golpe. En cuanto á Jaime no se ocupó toda la noche en otra cosa que recordar las señas del bagagero que le habia dado la alcaldesa, pues sospechaba que por él llegaría á saber acaso mas de lo que deseaba.

Con efecto: cuando la aurora comenzó á iluminar debilmente la cima de las montañas, el sonido de unas campanillas advirtió á nuestros viajeros de la proximidad de otro, á quien muy en breve pudieron distinguir, á pesar de las brumas de la mañana. Era un labrador alto, seco, y de barba roja, como el indicado por la alcaldesa.

Al verle Jaime examinó una por una sus facciones y la cola de su caballo, y hallándolas todas conformes con la filiación, preguntó al viandante:

- ¿V. se llama Telesforo Ruiz?
- Sí, señor; —respondió el hombre.
- Viene V de conducir dos soldados....
- No, uno que viaja en compañía de un granuja.
- ¿En donde los ha dejado V?
- Con su regimiento, como á unas seis leguas de aquí.
- (No són ellos) murmuró Mateo al oído de Jaime.
- (¿Quién sabe?) —Y ese granuja, —prosiguió el anciano alargando una bota con buen vino al bagagero, —ese granuja, ¿qué hacia con el soldado?
- Asolutamente nada, —contestó el labrador refamiéndose
- ¡Nada! ¡es raro!
- Toma.... como que todos los granujas que he cono-

cido eran criados y corru-ve-y-diles de los militares, me ha estrañado mucho lo que sucedía con éste.

—¿Y qué sucedía?

—Que le trataba con mucho respeto.... que iba andando casi siempre porque el granuja fuera montado.... que en cuantas paradas hacíamos cuidaba mas del granuja que de sí....

—¿Y qué señas tenia ese muchacho? ¿qué edad? ¿qué estatura?....

—Podría tener diez y seis años: era muy blanco, —aunque según decia, el sol y las fatigas le habian ennegrecido. Pero lo que mas me estrañó sobre todo, fué su mano pequeña y fina como la de una muger.

Mateo y Jaime se miraron con ojos rebosando lágrimas.

—Ni sabia llevar el traje misto de soldado, —prosiguió el bagagero.

—(¡Dios la favorezca!) —baluceó Mateo.

—Ni sabia tener de la rienda al jaco.... En fin —añadió el labriego con aire malicioso, —yo creo....

—¿Qué creéis? —le preguntaron ansiosamente sus dos interlocutores.

—Como vé uno todos los dias con esta guerra cosas tan.... creo que será alguna alta señora que va á reunirse con el ejército legitimista.

—¿V no les ha sucedido desgracia alguna?.... —le interpelló con interés Mateo.

—Ninguna.... A estas horas quizá se habrá ya dado alguna accion, porque su regimiento sé hallaba á la vista de los facciosos....

(Concluid.)



#### Del movimiento general que se verifica cada día en el cielo.

Para formarse idea de lo que es el cielo, en una noche serena, es preciso considerar primero el movimiento diurno, es decir, el movimiento comun de todo el cielo, que se verifica todo los dias alrededor de los dos polos ó del eje del mundo, y que se halla representado por esas esferas armilares que todos hemos tenido alguna vez entre las manos.

Los campesinos conocen el carro, que nosotros denominamos la *osa mayor*, constelacion compuesta de siete estrellas, que se ven siempre del lado del norte, aunque ya á mayor, ya á menor altura. En el mes de abril, á eso de las nueve de la noche, la vemos sobre nuestra cabeza; en el de octubre, al contrario, está muy baja, ó casi á la par del horizonte. Si se la observa muchas veces en una misma noche se la verá subir ó descender sensiblemente de la propia suerte que se vé subir al sol por la mañana y bajar por la tarde; por donde podemos conocer que las estrellas, del mismo modo que el sol, giran en torno nuestro todos los dias.

El punto del cielo alrededor del cual se efectua el mo-

vimiento está marcado, por decirlo así, por la estrella polar. Es fácil apercibirse de ello observando hácia el lado del norte cual es la estrella que no cambia de lugar en el espacio de una noche; porque la estrella polar es la única que se halla en semejante caso. Pero como sería preciso observar muchas, ó ir las siguiendo á cada una de por sí durante muchas horas para reconocer la que no varia, es preferible valerse de la osa mayor para conocer la estrella polar; —las dos estrellas mas separadas de la cola conducen en linea recta poco mas ó menos á la estrella polar, siguiendo dicha linea á la derecha en estío, á la izquierda en invierno, hácia arriba en otoño, y en la primavera hácia abajo.

Quando se ha llegado ya á conocer la estrella polar que es como el centro del movimiento general y el eje ó centro de la gran rueda celeste, puede concebirse la manera que tienen de girar á su alrededor las demás estrellas; las que se hallan mas inmediatas, describen círculos pequeños, las que se hallan mas distantes los describen mayores, y cuando estos círculos son tan grandes que pasan del horizonte, se ponen las estrellas; hasta allí se las vé durante toda la noche.

El sol sale y se pone todos los dias en Madrid, porque

se halla muy distante de la estrella polar ó del polo, y porque, siendo siempre muy grande su círculo diario, no puede mantenerse en el espacio que hay desde el polo hasta el horizonte; lo propio sucede con la luna y otros planetas. El cielo tiene la figura de una bola ó de un globo, y por lo tanto es imposible que una bola gire sin que exista dos polos ó dos puntos alrededor de los cuales se efectúe el movimiento: tal podrá verse haciendo rodar una bola cualquiera ó un globo artificial.

De los dos polos del cielo vemos solo uno, al que se le da el nombre de polo boreal, septentrional ó ártico. Hay otro que lo es opuesto y que no vemos, que se halla por debajo de nosotros hacia el mediodía, de la propia suerte que se alza el otro hacia el norte: se le da el nombre de polo meridional, austral ó antártico.

Entre estos dos polos, y en medio de su intervalo, puede concebirse un círculo ó una rueda: es el ecuador, que se halla asimismo representado en una esfera igualmente separada en toda su circunferencia de cada uno de los dos polos, dividiendo al mundo en dos emisferios iguales, uno de los cuales es septentrional, que es el en que habitamos; y el otro meridional, en el cual se halla una parte del África y de América.

El ecuador sirve en la astronomía de término de comparación para las alturas de los astros: así, por ejemplo, el sol en estío y al mediodía se halla 23 grados y medio ó mayor altura que el ecuador, y en el invierno otro tanto por debajo de él, de donde decimos que el sol declina 23 grados, á que tiene 23 grados de declinación boreal en verano de declinación meridional en invierno.

El meridiano es el círculo que del lado del mediodía sube directamente hasta colocarse sobre nuestras cabezas y pasando por el polo da toda la vuelta al cielo.



El polo está elevado para nosotros del lado del norte, y el ecuador del lado del mediodía; la cantidad de esta elevación es el primer objeto de observación, y nosotros no podemos dispensarnos de suerte alguna de indicarlo aquí. Al ver girar diariamente las estrellas al rededor del polo, era muy natural que se le viese elevarse y bajarse: tal es lo que tuvo lugar hace ya más de dos mil años. El punto medio entre la mayor altura y la descension mas grande indica el lugar del polo, y la distancia á que se halla del polo es á, lo que se llama *latitud* de un lugar: cuando mas se avanza hacia el norte, mas se aumenta la latitud, y esto hay lugar de observarlo siempre por la altura del sol y por la del polo.

Comprendidas ya las latitudes de los lugares de la tierra, preciso será formarse una idea de las longitudes, que por otra parte se hallan indicadas por el movimiento diario del sol. Supuesto que da la vuelta á la tierra en veinte y cuatro horas, dé el mediodía sucesivamente á todos los países que existen de oriente á occidente, unos á continuación de los otros.

Cuando se avanza del lado del Oriente ó del Occidente, no se cambia de latitud, pero se cambia de longitud. Cuando se está á 15 grados de París, hacia el Oriente,

por ejemplo, en Viena, en Austria, se han hecho 15 grados de longitud, y llega el medio día una hora antes, porque caminando hacia el sol se le debe encontrar mas temprano. Continuando avanzando del propio modo hacia el Oriente, de 15 en 15 grados, ganaria el observador una hora cada vez, y si diese la vuelta á la tierra se hallaria con que al volver á París habia ganado 24 horas, y contaría un día mas que nosotros; estaria en el lunes, en tanto que nosotros estaríamos aun en el domingo: hubiera visto, en efecto, salir el sol una vez mas que nosotros, y hubiera tenido un medio día mas en el mismo intervalo real de tiempo; sus días de un medio día á otro hubieran sido todos mas cortos que los nuestros, y hubiera tenido por lo tanto, mayor número de ellos, es decir, uno mas.

Otro observador que avanzara del lado del occidente retardaría la misma cantidad, y volviendo á París despues de dar la vuelta al mundo, no contaría sino el sábado cuando fuere ya en París el domingo: esta singularidad en la manera de contar se observaria, cuantas veces se viese llegar un buque que hubiese dado la vuelta al mundo, si hubiese contado la tripulación los días en el mismo orden, sin reformarlos por los países por donde hubiera pasado.

Por la misma razón, los habitantes de las islas del mar del Sud, que se hallan separadas doce horas de nuestro meridiano, deben haber los viajeros que vienen de las Indias y á los que vienen de América, contar de diferente modo los días de la semana, teniendo los primeros un día mas que los otros; porque, suponiendo que es domingo á medio día en Madrid, los que están en las Indias dicen que hace ya seis ó siete horas que ha comenzado el domingo, y los que están en América dicen que faltan, al contrario, mas horas aun para que empiece. Esto hubo de chocarles á nuestros antiguos viajeros, á quienes se les acusó al principio de haberse engañado en su cálculo y de haber perdido el hilo de sus almanagues. Habiendo ido Dampier á Mandanao por el oeste, se halló con que contaban allí un día mas que él. Varenius dice tambien que en Macao, ciudad marítima de la China, cuentan habitualmente los portugueses un día mas que los españoles cuentan en las Filipinas, aun cuando poco distantes entre sí; los primeros están en el domingo, en tanto que los segundos no cuentan sino el sábado; lo cual proviene de que los portugueses, establecidos en Macao, fueron allá por el Cabo de Buena-Esperanza inclinándose siempre al lado del occidente, es decir, partiendo de América y atravesando el mar del Sud.

Las longitudes en los diferentes países de la tierra se hallan por medio de los eclipses: supongamos que se haya observado en Madrid un eclipse á media noche y en las Indias á las seis de la mañana: esto basta para adquirir la seguridad de que la diferencia entre los dos meridianos es de seis horas ó de un cuarto de día, lo que hace un cuarto de círculo entero que recorre el sol en veinte y cuatro horas, es decir 90 grados de longitud con respecto á Madrid.

Pero como los eclipses son muy raros y los navegantes necesitan saber continuamente la longitud del lugar en que se hallan, no esperan á los eclipses; examinan la situación de la luna con relación á las estrellas, en el momento en que se halla la luna, por ejemplo, á 40 grados de una estrella cuando son las seis de la mañana, en el lugar en que se encuentran; consultan el almanaque calculado de antemano; si ven que esta distancia debe tener lugar á medio noche exactamente, se sigue de aquí que la longitud es de 90 grados.

La posición de la luna dice que es media noche en Madrid: se vé por otra parte que son las seis en el buque; y esta diferencia de seis horas indica la longitud. Lo que se llama el secreto de las longitudes, ha dejado de serlo desde que se sabe calcular y observar el punto en que se encuentra la luna. Puede tambien prescindirse de la luna en teniendo un buen reloj marino que no haga mas de dos minutos de variación en dos meses de navegación, y que haga saber constantemente en el buque la hora que es en Madrid.

Director, Redacción y Oficinas calle de Anicetario, número 26.

Oficina y estab. lit. del SEMANARIO PINTORESCO y de LAS ILUSTRACIONES, á cargo de don G. Almagro.